

TRES DÍAS EN UN PSIQUIÁTRICO BAHIENSE

# DE POETAS Y DE LOCOS...



Por Luis Frontera

Fotos Sebastián Cortez (LNP)

y Luis Frontera

Los poemas pertenecen al libro escrito por los pacientes.

***“Agua de manantial tu rostro.  
Asombro ante una muerte posible,  
lamentablemente dolor en nuestro  
cuerpo.  
Tu mirada estimula.  
Luz nocturna, seductora poética.  
Apacible estado de paz”.***

**José Oscar Herce**

**HACE UN DÍA QUE ESTOY INTERNADO** en el Hospital Psiquiátrico Diego Bereilh, del Policlínico Penna, en Bahía Blanca. Es la hora de la siesta. Afuera debe de llover, seguro. Porque adentro, en la sala, un paciente se acuesta como si regresara a la única casa que tuvo alguna vez, en el vientre; se dirige hacia la cama solemne, más como quien busca una madre que un descanso.

¿Qué es un loco? Una persona cuya lógica está enferma, dicen. Pero en medio de la crisis, vigilados por los que deberían protegernos y enfermados por quienes tendrían que curarnos, los que estamos del otro lado sólo pensamos en sobrevivir. Mientras, estos seres supuestamente privados de razón tienen una paz que los hace distintos: pueden mirar la vida sin interés comercial alguno. Ellos dicen frases que tienen sentido, aunque en la forma no signifiquen nada, mientras que —afuera— oímos frases con forma, pero que en verdad ya no tienen ningún significado.

“¿Moneditas tenés?”, dice un adolescente pálido en la entrada. Y agrega: “¿Y

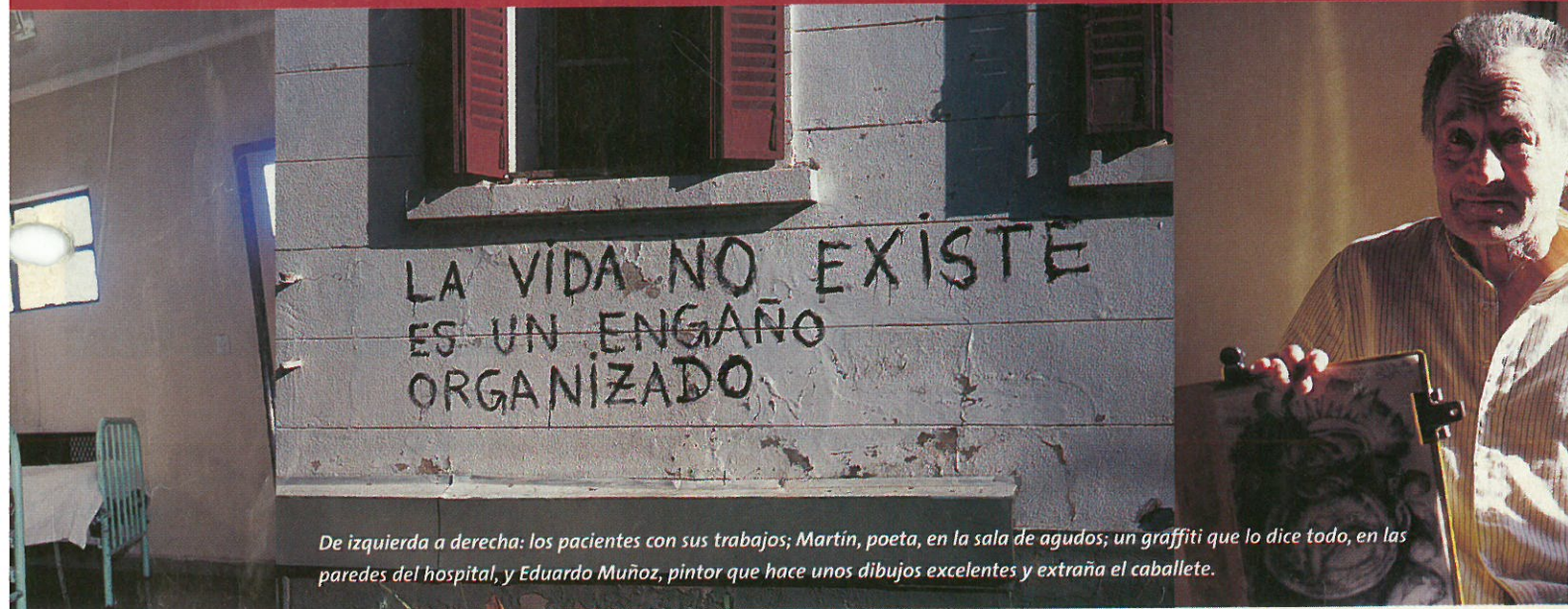
una sonrisa, tenés, aunque sea usada?”. Un pintor, al borde de su cama, sin dejar de dibujar, reflexiona: “Podés ser un loco peligroso, pero si pagás el alquiler nunca te van a internar”. Una mujer de cuarenta años, que parece de cien, aclara: “Si vivo aquí debo estar loca. Pero ¿cuál es mi mal? Debe ser raro, porque parece que se cura durmiendo 20 horas por día”.

Un paciente de 50 años, que alguna vez estuvo preso, explica sin mirarme y sin dejar de trabajar en una artesanía: “Todas quieren a los locos. Pero nadie se casaría con uno”. “¿De qué sufro?”, se pregunta una joven, y se responde a sí misma: “Tomo un remedio que en el folleto dice que produce apatía, alucinaciones y diarrea. Y yo tengo las tres cosas... Ponga, entonces, que estoy enferma de lo mismo que me cura”.

Nueva vino a este hospital a buscar la poesía. Y sintió el apoyo de todo el personal, desde los directores hasta las mucamas. Aquí, a partir de 1985, hubo un cambio en el servicio de salud mental. Ellos explican que se



UN ENVIADO DE NUEVA SE INTERNÓ EN EL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO DIEGO BEREILH, DE BAHÍA BLANCA. ALLÍ DESCUBRIÓ QUE EL ARTE Y LA LITERATURA DAN BUENOS RESULTADOS, COMO LO DEMUESTRA *ALAS DE RECINTO*, EL LIBRO ESCRITO POR VARIOS PACIENTES.



De izquierda a derecha: los pacientes con sus trabajos; Martín, poeta, en la sala de agudos; un graffiti que lo dice todo, en las paredes del hospital, y Eduardo Muñoz, pintor que hace unos dibujos excelentes y extraña el caballete.

abandonó el criterio del paciente irrecuperable o crónico, cuyo único destino era la internación definitiva, y se empezó a intentar la reinserción familiar y la atención en el hospital general.

Y el arte y la literatura, además de ser terapéuticos, dieron buenos resultados. En 1999, incluso, se presentó *Alas de Recinto*, escrito por varios pacientes y exhibido en la última Feria del Libro de Buenos Aires.

### “Barro, me llamo”

Hay genios que, oprimidos por la sociedad, cuando crearon una obra dieron una visión de su tormento y, al mismo tiempo, elaboraron una verdadera requisitoria contra lo que se llama la Razón (de ahí el parentesco entre locura y poesía). “Lo que el loco vive, el poeta lo escribe”, se dice. Pero de todas formas hay algo que merece ser aclarado: una cosa es el genio de Van Gogh o las visiones de Edgar Poe, y otra es la llana y contundente enfermedad mental.

El taller de lectoescritura lo empezó Ceci-

lia Fessia (45), psiquiatra, jefa de la Sala de Rehabilitación y Autocuidados, en colaboración con la profesora Iside Córdoba. La primera lectura, luego del diario, fue *Nueva*.

Esteban Buryuc (56), nacido en Alemania, lleva 14 años de internación, y dice sobre el taller: “Todos los martes nos reunimos. Escribimos y consultamos el diccionario, donde las palabras saltan, nos miran y nos hablan”. Francisco Da Silva (28) a veces firma Piróel. Y cuando le preguntamos por qué, contesta: “Porque de mí, mis amigos comentan: él piró, él se rayó, enloqueció”. Al hablar sobre medicamentos, dice que nunca los rechaza: “Dios inventó las pastillas”, asegura. Y cuando le digo que es una buena frase, pregunta muy serio: “¿Y la dije yo?”.

Conversamos luego sobre su pasión por Dios. Y hablamos de eso que la medicina llama “delirio místico”. Interviene, enseguida, otro de los autores del libro de poemas. Pablo Ficosco (50), con 10 años de internación, buen dibujante y poeta, formula una definición espontánea: “El delirio místico es una

enfermedad religiosa”.

Oscar Alberto Escobar (50), santafesino, no escribe poesía. Pero es artesano y ha hecho, con fósforos, una Torre Eiffel. Piróel asegura: “Todos los que estamos acá tenemos algo que ver con la locura. Yo estoy loco, ése es mi barro, nuestro barro”.

La profe de literatura, Iside Córdoba, que visita el hospital para el taller, define: “Ustedes tienen otra cordura. Aquel que no ha sentido la tentación de crear otro lenguaje, no es poeta”. Y opina la doctora Fessia: “Algunos que no usan metáforas para hablar, sí las usan para escribir”.

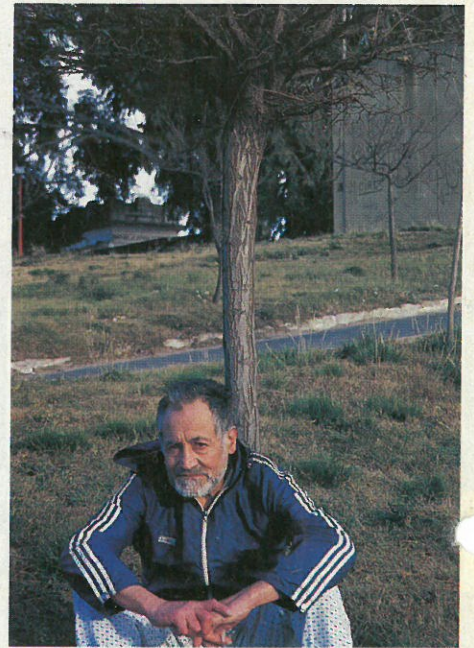
Luis Eduardo Muñoz (67) es una historia aparte. Fue rico y perdió su fortuna. Estudió criminología. Es artista plástico. “Esto lo hago para aligerar la mano”, dice al mostrar unos dibujos excelentes, “pero para mí lo sublime es el caballete”. Hablar con él es una experiencia tierna y esclarecedora. Se despidió con un abrazo y sonrió: “Estoy viejo, me emociona todo. La luz del sol ya empezó a alargar mi sombra”.







Doctora Rosa de Fino (directora del hospital); Graciela Flores, jefa de Psicología e Interconsulta y Liliana Di Cianni, residente. Hacia 1985 cambió la manera de encarar el servicio de Salud Mental.



### ASÍ FUNCIONA EL SERVICIO

Atiende en tres salas: Agudos, Rehabilitación y Autocuidados e Internaciones en el hospital general.

Unidades: alcoholismo, psicología, interconsultas, hospital de día.

Hospital de día: consultorio externo, guardia y docencia.

Motivos por los que mayormente se consulta: trastornos por ansiedad y somatizaciones, consumo de alcohol y otras sustancias, violencia, depresiones, intentos de suicidio, esquizofrenia y otras psicosis.

El Hospital Penna se inauguró en 1932.

El hospital psiquiátrico se inauguró en 1951: la parte nueva del servicio es de 1984.

En el 2001: 13.633 consultas. En lo que va del 2002: 9.000 consultas. A la fecha hay 77 pacientes internados.

Causa principal de internación: no hay familiares que quieran o puedan hacerse responsables.

### Poesía necesaria

Alguien me dijo que está internado un joven que escribió un libro sorprendente sobre la Atlántida. Los profesionales del Penna conocen al autor del libro inédito, pero nadie sabe que escribe. Y es más, cuando lo digo, recibo este tipo de respuestas: “Nunca lo vi con lápiz y papel”, “¿No habrá plagiado a otro?”, “No lo puedo imaginar”.

Quiero verlo y hacerle fotos. No se puede. Está en la Sala de Pacientes Agudos. Y hay que pedir la orden de un juez. Insisto. Es algo tan periodístico como personal. Luego de una llamada al juzgado, los médicos consiguen autorización. Entro a la sala de agudos. Es un lugar difícil. Alguien me dice que aquí una enferma mató a otra de un golpe, que están internados una paciente que acuchilló a la madre y otro que hizo lo mismo con su padre. Pero yo sólo veo que, en medio del invierno, no hay ni un poco de sol en las caras flacas del país de los locos, y que sus miradas están más lejos que la Justicia.

Al entrar, uno me besa. Otro me mira enojado. Veo el desamparo y el despojamiento. Escucho preguntas simples, pero que parecen mordeduras: “¿Cómo se dice, televisión o maquinaria?”, “¿Quién es el loco, el que llora o el que le pega para que se calle?”.

Me recibe el doctor Raúl Pinotti (46), je-

fe de la sala de enfermos agudos, quien, ante mi pedido, cuenta con paciencia el funcionamiento del servicio. Me aclara, también, que la persona que busco está internada más por una decisión judicial que por una razón médica.

Y al fin estoy con el escritor que busqué: Martín Néstor Celaya (25), conocido como “el Fisur” (por fisurado). Me sonríe y me abraza: “¿Viniste?”, dice, aunque no me esperaba ni me conoce. Tiene una linda cara: pelo corto, ojos castaños, barba rala. Pero está marcado por la internación: manos temblorosas, manchadas de nicotina, y labios quemados. Pero sonríe. No puede creer que lo visite, especialmente a él, un periodista.

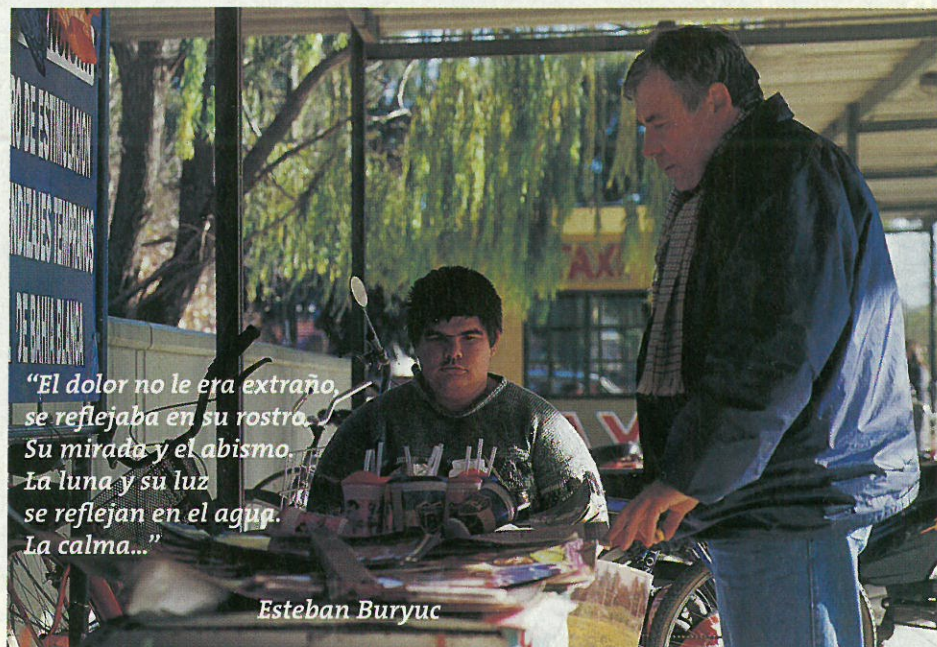
Su aspecto es sereno, pero de sus palabras surge una sensibilidad lacerada, algo como un rugido de entrañas arrancadas. Está sentado, pero su inmovilidad es un volcán que borbotea: “Siempre estuve loco de atar, pero consciente. No es saludable estar encerrado entre cuatro paredes y una tapa. Y amén si no hay ventanas en ningún lado del cubo. Es como ahogarse en la profundidad y, para colmo, tenerle fobia al agua”, dice.

Martín está internado, pero su diagnóstico, que no es de gravedad, no puede publicarse. Sí se puede decir que, en este lu-





El trabajo de los pacientes, *Alas de Recinto*, llegó a la Feria del Libro. Su profesora, *Iside Córdoba*, también es autora de una historia del hospital.



*“El dolor no le era extraño, se reflejaba en su rostro. Su mirada y el abismo. La luna y su luz se reflejan en el agua. La calma...”*

*Esteban Buryuc*

gar, no hay nada específico para su tratamiento, salvo el recurso farmacológico: “Antes yo miraba una pared y veía gladiadores antiguos y mansiones de oro. Tengo que volver a escribir sobre la Atlántida, porque soy vasco, y los vascos somos los últimos descendientes. En este lugar nadie sabe que escribo. Pero sin embargo aquí escribí dos ensayos. Ahora no escribo porque tengo el cráneo incinerado, me bajaron el conmutador de la poesía”.

Quienes lo conocen de antes me cuentan que Martín se recibió en la secundaria con el “mejor promedio”. Y que a los 13 años fue el director técnico más joven de la historia de la ciudad, cuando condujo dos equipos de básquet infantil de Bahía Blanca: *Napostá* y *Velocidad y Resistencia*. Empezó a escribir poesías a los 12 años y abandonó a los 23, hace dos años. Los títulos de sus últimos versos tienen algo de “rockero”: “Hocico con pescado” y “Bolilleros de la muerte”.

“Ahora que vino la prensa, quiero volver a escribir”, dice con tono de burla. Y agrega: “¿Me podés dar unas hojas y birome?” (al día siguiente nos envió dos poesías). Le digo: ¿Creés en serio que existió la Atlántida? Y contesta: “Claro. Fue un continente próspero. Gobernado por reyes buenos”. ¿Había locos? “Sí, pero eran artistas, filóso-

fos y herreros. Además había amazonas, bellísimas, de pelo larguísimo y brillante como el mediodía, iban con el arco y la flecha a la espalda”.

Responde rápido a todas las preguntas: ¿Dormís bien? “Es lo que más hago, vivir para dormir, dormir para vivir y despertar para soñar. Porque soñar realmente no cuesta nada, pero soñar demasiado te cuesta mucha realidad”. ¿Qué le pasaría a Charly García aquí? “Seguro que lo atarían y lo empastillarían y lo inyectarían. Aunque te aclaro que yo soy de Sumo”. ¿Qué opinás de los que roban pasacasetes? “Está mal. Pero tampoco está bien que los maten en medio de la calle. Eso, en la Atlántida no pasaba”.

### El destierro

Viene un paciente sin pies. Camina sobre los tobillos. Le pregunto qué le pasó: “Estaba en un tambo. Había tomado vino, y lo mezclé con leche caliente. Enseguida me salieron pezuñas de vaca, luego la carne se me hizo líquida, pude ver mis tendones. Tuvieron que operar y amputarme los pies”, dice. Un médico me aclara que no fue así: “Se quiso matar y puso los pies en la vía del tren”. Una psicóloga ofrece otra versión: “Caminó en la nieve. Sufrió congelamiento y pie de trinchera”. Pero el paciente se afe-

rra a su versión: el delirio –si lo hay– le ofrece algún beneficio y es evidente que lo tranquiliza.

Un enfermo mental no es un héroe cultural. Ni tampoco estar internado en un hospital psiquiátrico, rotulado de loco y con número significa demasiado: “No es el hombre, sino la sociedad la que se ha vuelto loca”, escribió Antonin Artaud. “El hombre es la única enfermedad de la tierra”, agregó alguien. Y en la Argentina actual, para ir al manicomio y enterrarse por vida, alcanza con ser pobre o estar solo en el mundo.

Ahora ya son las diez de la mañana de mi tercer día de internación. Estoy mirando a la madre de un paciente. Le teje una bufanda, lo mira con el alma, casi llora y le acomoda ropas al borde de la cama. Si no le canta una canción de cuna, es sólo por vergüenza: su niño tiene ya cuarenta años.

No puedo, nadie puede definir la locura. Al hombre que está duro y erguido en el pasillo, como un árbol al borde del camino. Pero sí puede decirse: más allá de los genios, no todo delirio es una iluminación poética. Más acá de la ciencia tan escasa del médico, el hospicio es ante todo un sitio en el que haría falta más ternura.

Pero **Nueva** se internó en el Diego Be-reilh en busca de poesía.

Y la encontró. **N**